



# LA MUJER EN NUESTROS DÍAS

## PARTE PRIMERA

### I

Madrid, de 18...

Con el corazón aún oprimido del dolor que me ha causado el tener que separarme de ti, te escribo, Julia mía, para asegurarte de mi afecto y de mi ternura; yo había creído poder terminar mi existencia á tu lado; deseaba cumplir el sagrado encargo de tu madre moribunda, que te puso en mis brazos cuando apenas contabas dos años, y me exigió que velase por ti y ocupase su sitio para contigo; pero la muerte de mi hermana, que ha dejado

dos huerfanitas, me arrancó de ahí y me envió á esta gran población, donde hay muchas cosas bellas, pero donde no estás tú.

Me dices que vendrás conmigo, ya que yo no puedo dejar á mis pobres niñas; mas eso es imposible, hija mía; tu sitio se halla al lado de tu padre, al lado de tus hermanitos; Octavia y Fernando te necesitan; tu padre merece todo tu amor y todo tu respeto; ¿quién cuidará de ese hogar si tú le abandonas? ¡Cuán triste se pondría tu madre en la sagrada mansión que habita, al ver que así faltabas á todos tus deberes! ¿Y yo cumpliría con el mio, separándote de lo que más debes amar en la tierra, por un sentimiento personal y egoísta? Hija mía, llenemos cada una nuestro deber, y cree que en su cumplimiento reside la única dicha de este mundo; todo es efímero, todo pasa, todo se gasta y fenece; sólo vive la paz del alma y la tranquilidad de la conciencia, que no nos dejan hasta la tumba, y que nos sirven de dulce compañía en el trayecto de la vida.

El afecto que te consagré desde el día que te tuve en la pila bautismal, no te faltará jamás, mi querida Julia; yo te diré en mis cartas de qué modo debes conducirte en esa pequeña, pero agradable población en que

vives, y así sentiremos ambas mucho menor el vacío doloroso de la ausencia: consúltame cuanto quieras sin temor, y del mismo modo que lo harías á tu madre.

El solo fin de mi vida es la felicidad de las huérfanas de mi pobre hermana, y la tuya; he perdido á mi esposo y á mis hijos y sólo vosotras me quedáis; yo quiero preparar y asegurar tu dicha, en tanto cuanto esto pueda depender de mí: «la dicha, dicen algunos, es una quimera que se persigue en la juventud, con el fin de alcanzarla para nosotros mismos, y que se anhela en la madurez de la vida para las personas que amamos»; esto es un sofisma que se convierte en una verdad, sólo cuando se busca la dicha donde no puede encontrarse; es decir, fuera cada uno de sí mismo, y en combinación de acontecimientos y de intereses que engañan siempre; la felicidad está con nosotros, y depende absolutamente de nosotros, de nuestro carácter, de nuestra educación y de nuestra fuerza moral. ¡Pobre niña!, eres muy joven y ya pesan sobre ti muy serios y muy graves deberes: consolar á tu padre, educar á tus hermanos y velar por ellos, sostener las relaciones de la casa y de la familia del mismo modo, con la misma corte-

sia, exactitud y buen tono que eran en tu madre proverbiales y que la conquistaban tantas y tan verdaderas simpatías, ¡y todo esto á los diez y seis años!

Por eso, cuando me pides consejo, debo yo darte cuanto está en mi mano ofrecerte: mi experiencia y el afecto que desde la cuna te profeso.

El programa que al separarme de ti me trazaste, es, sin embargo, bastante extenso; le he repasado sonriendo y he visto que me impones un trabajo asiduo y difícil; quieres que te hable de la sociedad y de sus costumbres; que te indique el modo de vivir en buena inteligencia con tus parientes, tus amigos, tus conocidos, tus criados, con todos, en fin; que te guíe en tus amistades, en tus lecturas, en tus buenas obras; que te señale los escollos que es preciso evitar y los buenos hábitos que debes adquirir; quieres, en fin, un código completo de moral y de buena educación.

¡Ay, hija mía!, yo no estoy á la altura de tan grande tarea; es verdad que he vivido en medio de la sociedad; que tenía una de las más elegantes casas de París y de Madrid, pues vivía en ambas capitales alternativamente; que tenía carruajes, criados, y un régimen, á la

vez, espléndido y económico; pero no es menos cierto que mi buena hermana, viuda ya, vivía á mi lado, y me aliviaba de una parte de los cuidados de la casa.

Luego perdí á mi excelente y querido esposo; á la gran opulencia sucedió ya la mediocridad; mi hermana perdió también toda su fortuna y compartió lo que á mi me quedaba, siguiendo en aliviarme de casi todos los cuidados materiales.

¿Qué mucho que yo ahora me dedique á los hijos de aquella hermana tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de abnegación? Sólo para pagar esta deuda sagrada de mi corazón, te he dejado, hija mía; y aunque, como ya te he dicho, sea ardua la tarea, yo pongo á tu servicio, no sólo lo que mi propia experiencia me ha enseñado, sino todo lo que aprendí al lado de mi hermana, todo cuanto recuerdo que ella hacía; mi adorable Elena fué la más grande señora, la más perfecta dama que he conocido, y á la vez la criatura más dulce, más ejemplar y más amable; no es incompatible lo uno con lo otro, sino que se puede unir muy bien.

Deseas, desde luego, que te diga de qué modo debes hacer las visitas ahora que ya tu

padre quiere que le acompañes, después de haberte presentado en casa del general, llevándote al baile que va á dar; el baile, desde luego, y las visitas después, te tienen inquieta y preocupada; tranquilízate, el baile y la manera con que te has de presentar en él, serán el objeto de alguna de mis cartas, y también te hablaré de las visitas; no te asustes, no te preocupes demasiado de los placeres, piensa más en los deberes, y luego disfrutarás de aquéllos con mayor alegría y serenidad de espíritu.

Adiós, mi querida Julia, yo te sigo á través de esa campiña riente y bajo el azul y puro cielo de esa bonita ciudad; mejor me hallaba ahí que en este bullicioso centro; pero mis pobres niñas me necesitan, y pronto tendré yo también que ir al mundo para presentarlas en él.

Hasta muy pronto, te abraza con el alma tu  
madrina

FELICIA.

## II

Tu última carta, mi querida Julia, expresa el deseo de que te dé algunos consejos para saber conducirte en sociedad, respecto de la

conversación, como lo exigen, no sólo el buen tono, sino el respeto que merecen las personas que tratamos; voy á dártelos, hija mia, y no según mi parecer, sino teniendo presente el de otras personas de superior talento, de gran distinción y de reconocido buen trato.

La Bruyère, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, dice lo siguiente:

«Si mirásemos con una seria atención todo lo que se dice de vano y de pueril en las conversaciones ordinarias, tendríamos vergüenza igualmente de hablar que de escuchar, y nos condenaríamos, quizá, á un silencio perpetuo.»

Este juicio me parece demasiado severo, y la opinión del ilustre escritor y moralista no puede aceptarse en absoluto: el silencio perpetuo sólo lo guardaban, sólo podían guardarlo los solitarios de los desiertos; en nuestros días, y sobre todo en nuestra sociedad, es preciso, no sólo oír, sino decir también, algunas veces, cosas ligeras.

La conversación debe tener tres frenos que la conduzcan y arreglen; la bondad, la mesura y la discreción; la bondad, y aun pudiera decir también la caridad, prohíbe en la conversación todo lo que sea calumnia, murmu-

ración, burla, palabras injuriosas, contradicción permanente y perseverante, y todos los defectos, en fin, que ofenden á los demás en su honra y en su reputación, y pueden alterar la paz y la quietud de su hogar; el evitar todo eso, hija mía, está acorde, á la vez, con las leyes de la moral evangélica y con la cortesía y esmerada educación; porque nada hay tan contrario al buen tono, y nada altera tanto la dignidad y la gracia del lenguaje como las habladurías, la murmuración, el espíritu de disputa y la costumbre de contradecir.

*En la abundancia de las palabras está el pecado*, dice la Santa Escritura: y, en efecto, algunas veces, la palabra es un brebaje que embriaga, que aturde y que quita la posibilidad de la reflexión; todo esto lo contiene cierta digna medida, que debe, como ya te he dicho, ser el regulador de la conversación: si estimas tu reposo, no hables mucho; si deseas vivir en paz con todos, piensa lo que vas á decir, y cuida de no ofender á nadie en las palabras que vas á pronunciar.

—Hablad poco—dice el dulcísimo San Francisco de Sales—; poco y con dulzura, poco y bueno; poco y sencillo; poco, pero con claridad y demostrando afecto á vuestros amigos.

¿No te parece, Julia mía, de gran valía la opinión de este santo, que fué uno de los hombres más corteses y uno de los más grandes señores de su tiempo?

Suponiendo que la reflexión y la atención hacia tí misma te hayan hecho adquirir las cualidades morales que hacen la conversación inofensiva siempre, y útil algunas veces, deseas también saber otros detalles para hacerla agradable, y voy á expresarte acerca de esto mi parecer con toda sinceridad.

Algunas veces he oído decir cuando era joven como tú:

—¡La señora A... ó la señora C... tienen una conversación deliciosa, un trato encantador!

Convencida, desde temprano, de que la belleza física por sí sola no da la felicidad, envidiaba sinceramente á las mujeres que se conquistaban simpatías durables y profundas, y procuraba estudiarlas, y observar, no sólo sus palabras, sino también sus costumbres.

Bien pronto pude notar que las señoras ó señoritas á las que se alababa de tener un trato delicioso y una conversación encantadora, no eran ni las más instruidas, ni las dotadas de más inteligencia, sino las más benévolas y amables.

No decir á nadie nada que le pueda ser desagradable; he aquí la gran regla para tener amigos y simpatías.

Si delante de una persona que ha perdido un ojo te burlas de los tuertos, es claro que aquella persona se ofenderá muchísimo y tendrá razón.

Pues bien, Julia mía: hay tuertos, cojos y jorobados morales, y es preciso cuidar mucho de no zaherirles cuando se hable, en las apreciaciones que podemos hacer.

Cumple los deberes de la cortesía, que es como si dijéramos la bondad social; no murmures, ni oigas murmurar, si te es posible; habla muy poco de ti; oye con atención y gusto manifiesto á los demás, y es indudable que tu trato se citará como amable y grato.

Hablar de sí mismo, es sobremanera desatento y descortés: el YO es el escollo de la época presente; he oído á personas que no hablan más que de sus triunfos, de sus talentos, de sus trajes; de sí mismas, en una palabra, lo que les trae el desprecio y la burla general; pues es un adagio muy sabido y muy verdadero, el que dice que, *la alabanza propia envilece*.

La pureza y sencillez del lenguaje prestan

gran encanto á la cortesía, porque la cortesía huye los términos altisonantes: al pedir, al preguntar, hasta al rehusar, la cortesía busca los términos dulces; da á cada uno las consideraciones que le son debidas y evita lo que puede herir ó mortificar á los demás, como las alusiones á una desgracia, á una enfermedad; como el ponderar su fortuna en presencia de un desgraciado, ó su salud al lado de una persona que sufre físicamente.

Cuando se habla con personas que llevan títulos ó dignidades, no es de buen gusto el llamarles de continuo con ellos; pero si lo es el dárselos de cuando en cuando; esto es, como un homenaje debido á su clase y distinto de la adulación que manifiesta el estarlos repitiendo siempre que se les habla.

Las palabras chistosas, las anécdotas, cuando no son nuevas, las *calemburs*, son cosas que se deben evitar en la conversación; cualquiera puede hacer un juego de palabras y contar una historia; pero esto no es de buen gusto, y si tiene algún mérito, debe dejársele al sexo fuerte.

Procura no interrumpir nunca á la persona que hable contigo y, sobre todo, no toques ni el brazo ni la mano de la persona con quien

hables; esas son costumbres feas que alteran á las personas nerviosas; acostúmbrate á usar un tono de voz moderado, tan lejos de los gritos, como de un diapasón que no se entienda.

En fin, hija mia, sé dulce, moderada, benévola, complaciente: excusa siempre, elogia á los ausentes, y cuando esto no te sea posible, guarda silencio; una palabra dicha con ligereza puede herir mortalmente á una persona, convirtiéndola en enemiga tuya, y no hay enemigo despreciable.

Si eres indulgente, serás amada; así te lo asegura quien te quiere de todo corazón,

FELICIA.

### III

Te hablaré hoy, mi querida Julia, de una cosa muy esencial para la felicidad de la vida: del amor á la buena armonía que debe reinar en la familia.—No hay dicha más pura y más verdadera que la del hogar doméstico, y la familia es la que le presta todo su encanto y toda la alegría que le embellece y le anima.

Yo cuento por familia, en primer lugar, á

los padres y á los hermanos, y después á todos los que nos están unidos por la solidaridad del hombre, y por los lazos estrechos de la sangre.

Abre la Santa Escritura, y verás en ella cuánto eran respetados por nuestros primeros padres los lazos que unían el hermano al hermano, y encadenaban dulcemente entre ellos los miembros de una misma tribu, es decir, una multitud nacida de un solo padre. Las leyes de Moisés consagran esta afición que hizo tan fuerte la pobre y pequeña nación judía. David exclama con grande entusiasmo:

—¡Qué hermoso, qué dulce es para los hermanos el habitar juntos! ¡Su unión se parece á un perfume delicioso!...

La amistad existe y debe existir entre los padres y los hijos, y la cordialidad y la dulzura del carácter les añade nuevos encantos: ama tiernamente á tu padre y haz de tus jóvenes hermanos los primeros amigos de tu vida; no reserves á estos seres que tan queridos deben ser á tu corazón, la *negligé*, por decirlo así, de tus maneras; debemos ser atentos para todo el mundo; pero mucho más para los primeros amigos que nos ha dado el cielo;

á éstos debemos amarlos y atenderlos sobre todas las cosas.

He aquí un bello ejemplo de amor fraternal que la historia ha inmortalizado, y con mucha razón.

Enrique, el más joven de los hijos de Guillermo el Conquistador, obligó á sus dos hermanos á marchar contra él, á la cabeza de una fuerte armada, á causa de las vejaciones con que les abrumaba.

Mas el joven príncipe, que en la paz era osado y cruel, se halló muy débil para seguir la campaña, y se encerró en el Monte de San Miguel, siendo en seguida asediado aquel asilo por sus irritados y valerosos hermanos.

Bien pronto el príncipe sitiado se halló faltar de agua, y llegando al último apuro, la hizo pedir á los sitiadores; el generoso Roberto, que era el mayor, se la envió al instante, y además un tonel de vino.

Guillermo, el segundo, se mostró muy irritado de aquella condescendencia.

—¡Y qué!—exclamó Roberto—, cualesquiera que sean las culpas de nuestro hermano hacia nosotros, ¿debemos permitir que se muera de sed? Y si se obstina en morir en

vez de rendirse, ¿dónde hallaremos otro hermano cuando hayamos perdido éste?

Enrique, enternecido por aquellas palabras que llegaron hasta él, depuso las armas, se arrojó en los brazos de sus hermanos y fué toda su vida su mejor amigo.

Sobre todo, hija mía, acuérdate de aquella promesa de la Ley de Dios:

*El que honra á su padre alcanzará larga vida sobre la tierra.*

Este es el único de los mandamientos del Decálogo, al que se ofrece un premio, aun aquí abajo.

No dejes, hija mía, que se debilite en ti el respeto filial, no olvides los testimonios de deferencia y de veneración, que son como la salvaguardia de este respeto.

—No añadáis tristezas—dice Silvio Pellico—; á las tristezas que ya encorvan las cabezas blanqueadas por los años; que vuestra presencia reanime y alegre á vuestros padres; cada sonrisa que llaméis sobre sus labios, cada movimiento de gozo que despertéis en su corazón, caerá sobre el vuestro como un rocío bienhechor. Dios confirma siempre las bendiciones de los padres.

No esperes, Julia, para probar tu cariño y

tu respeto filiales, á las grandes ocasiones, porque se presentan raras veces en la vida; y más de una existencia se desliza sin haber dado prueba alguna de abnegación y de valor; es preciso aprovechar las pequeñas ocasiones de cada día, y que trates de pagar tu deuda filial en *moneda pequeña*, por decirlo así; de lo contrario, corres gran riesgo de morir insolvente.

Conozco hijas capaces de arrojarse á las llamas por salvar á su padre, á su madre ó á cualquiera de sus hermanos, de un incendio; pero como el incendio no tiene lugar, pasan los días haciéndose desagradables á los mismos á quienes aman con tanta pasión, en todas las pequeñas cosas de la vida: les hablan con tono brusco y grosero, les contradicen, les hacen sufrir una falta continua de atenciones; y, sin embargo, es indudable que les aman; pero lo es también que este amor no alcanza á suavizar su humor desapacible.

Si nos agrada el que los extraños nos tengan por corteses y bien educados; si anhelamos que se cite nuestro trato como amable y distinguido, ¿por qué no hemos de tener estas cualidades con nuestra propia familia? ¿Dónde hallamos estimación más verdadera,

cariño más profundo, que en nuestros padres y hermanos?

En nadie, Julia mía, y á ellos debes amar sobre todas las cosas de la tierra.

FELICIA.

#### IV

Tu corazón, mi querida Julia, siente la necesidad de tener una amiga, y esto es tan natural á tu edad, que no es para mí extraño que suceda, y lo sería mucho el que dejase de suceder.

Cuando el corazón se anima en la mujer, la necesidad de afectos es imperiosa, y nunca he formado buen concepto de la que veo rodeada solamente de relaciones superficiales, y sin ningún género de intimidad, sin ningún afecto serio, sin ningún cariño en el fondo de su vida, que debe ser en extremo estéril y triste.

Por otra parte, hija mía, la intimidad del pensamiento es tan necesaria para las almas tiernas, que llega á serles imposible vivir sin ella: hasta hoy, te ha bastado la mía; ya necesitas otra más adecuada á tu edad, y mi co-

razón, que es el de una madre para ti, no puede ofenderse de tan natural deseo.

Desecha, pues, Julia mía, el temor de ofenderme, y cree que te ayudaré con toda mi buena voluntad y mi experiencia para que puedas encontrar la amiga que anhelas.

—¡Y qué!— dirás tú al leer estas líneas:— ¿tan difícil es hallar una amiga cuando tantas jóvenes de mi edad me ofrecen su cariño; cuando á tantas les daría yo el mío de buena gana? ¿Para qué necesito los consejos de mi madrina?

V, sin embargo, hija mía, es muy difícil el inspirar y sentir una amistad verdadera, una amistad profunda; una amistad que resista al tiempo y á las pruebas que éste trae consigo.

Durante toda mi vida estoy oyendo decir á personas de nuestro sexo que la amistad es un mito, y que ni existe ni ha existido jamás: esto es un error; la amistad existe; lo que sucede es que no se piensa á quién se concede, y que se otorga el afecto y la confianza sin saber si la persona á quien hacemos tan grande don lo merece, y es capaz de estimarlo.

No busques nunca para tu intimidad una persona que te sea muy superior en posición y en fortuna; porque es probable que sólo

adquieras su afecto al precio de tu franqueza y de tu libertad: la especie de vasallaje que imponen aquellas ventajas á las que no las posee, no está de acuerdo con la igualdad, con la sinceridad, bases de la verdadera amistad: necesitas una amiga, de la que puedas esperar un buen consejo, pero que consienta también en aceptar el tuyo; que no se reserve para sí el derecho de la ruda franqueza, y que permita también se emplee con ella; en fin, que desee una amiga á su vez, una compañera, y no una persona que la adule, y abdique la dignidad ante sus deseos.

Da tu afecto á una joven dulce, modesta y dotada sobre todo de dos cosas muy esenciales: de irreprochables costumbres y de perfecta educación: sólo estas dos circunstancias sostienen las amistades sólidas y las hacen durables; sin ellas, lo que se llama *amistad*, son sólo relaciones pasajeras, que la moda, el gusto de las diversiones y la vanidad, han formado ligeramente y que se rompen con deplorable y ridícula facilidad.

La amistad es la pasión de las almas puras; pero sólo es fuerte cuando hay generosidad en el corazón y benevolencia en el carácter.

Porque así como te aconsejo, Julia mía, que

no te doblegues para tener una amiga opulenta que lisonjee tu vanidad, á concesiones viles y á rebajamientos continuados, así te aseguro que no se debe exigir demasiado á la amistad y que se le debe dar más de lo que se le pida; nadie nace perfecto, y todos aquellos defectos que no son hijos del corazón se pueden disculpar; te será imposible hallar amistad verdadera, empeñándote en que tu amiga sea irreprochable, y en que cuente entre sus virtudes, la de sufrir las desigualdades de tu carácter, tu displicencia y las injusticias de tu mal humor.

Conozco dos jóvenes unidas hace doce años por la amistad más constante y más inalterable: la una no se ha casado todavía, y su posición es muy modesta; la otra es viuda ya, y cuenta con una fortuna regular; pues bien, ésta se viste tan modestamente como su amiga, siempre que sale con ella, para no deslucirla.

Esta delicadeza en ese detalle material, debe observarla también la joven viuda en el orden moral; porque ella tiene un talento claro y reconocido por todos, al paso que son notorios también los escasos alcances de su amiga; y sin embargo, movida por su afecto, se pone al

nivel de aquélla, y sólo le habla de lo que puede comprender.

¿No crees tú que esas delicadezas hallarán sus recompensas? Es indudable que sí; porque yo he visto á la joven viuda un poco enferma, y á su amiga acompañándola constantemente; la he visto atareada para terminar un traje y á su amiga ayudándola; cada una pone su parte de abnegación y de afecto, y esto iguala las diferencias de fortuna y de inteligencia: verdad es que estas diferencias son fáciles de igualar, porque no son grandes; las grandes son un escollo inevitable.

La amistad, cuando se encuentra, merece conservarse, hija mía; porque vale tanto, que los santos más desprendidos de la tierra la han alabado como un don del cielo.

Fenelón, el Platón cristiano, ha pintado en sus cartas ese dulce sentimiento con toda la gracia y la verdad que le son propias; y, en fin, una gran escritora del pasado siglo, ha dicho:—El amor es un lujo del corazón; pero la amistad, es una necesidad del mismo.

FELICIA.

## V

Mi querida Julia: Forzoso es que hoy hablemos de una cosa que pasa desapercibida en la vida de la mujer; de una cosa que se cree muy natural y que suele labrar su desgracia sin que ella misma se aperciba de los graves daños que la ocasiona.

¿Sabes de qué quiero hablar?

Del verdugo de la paz y de la dicha doméstica: del monstruo que ahuyenta el afecto que se nos tiene, por grande y profundo que sea; del enemigo que nos enajena todas las simpatías, del *mal humor*, en fin, de la displancia de carácter.

La represión del mal humor desde que somos jóvenes es precisa, es indispensable; porque si no, con la edad va creciendo, y convierte á la mujer en un ser insoportable, á quien nadie quiere sufrir.

Es casi siempre en el seno de su familia donde la mujer se deja llevar de los movimientos de su mal humor; en sociedad, entre sus amigas, se domina; y se domina aún más si joven y próxima á casarse mira como el primer objeto de su vida, el agradar al hombre

con quien se va á unir; pero si casada ya, deja de dominarse y se deja llevar de los continuos movimientos de un humor desapacible, llegará día en que ya no se pueda dominar y en que su mal carácter llegue á ser público y para todos aborrecible.

Así, pues, Julia mía, ponte desde luego en guardia contra ese temible defecto, y procura que tu humor sea dulce, fácil é igual, no sólo para las personas de tu trato, sino también, y con mayor razón, para las de tu propia familia.

Para esto es preciso que te acostumbres á juzgar á los demás con benevolencia, dispensándoles sus defectos y pensando en los que tú puedes tener: si vamos á exigir la perfección ajena, nunca nos trataremos con nadie, ni se tratará nadie con nosotros, puesto que estamos también muy lejos de poseerla, y que nuestros defectos son numerosos.

La represión del mal humor es también muy necesaria, es casi indispensable con los criados: el que regaña incesantemente pierde por completo la fuerza moral; un criado reñido de continuo, no es bueno jamás, y algunos he visto que faltaban á cada instante á sus deberes por el gusto de molestar á su señora,